profunda del católico y la pujanza de la vieja y heroica raza hispana frente a Nuestra Señora del Pilar; conmoviendo las almas junto al sepulcro sagrado a cuyo lado, lirio de dolor, se angustia la Soledad; o bien, en la basílica tricentenaria cantando las glorias de la Virgen de los Angeles y de la patria costarricense.

Buen sacerdote, empezó en la coadjutoría y fué elevándose en años, en saber, en virtud y en dignidad, de manera que a la hora de su tránsito de este mundo a la eternidad gloriosa ostentaba sobre sus sienes la mitra arzobispal. Y al que en Los Angeles de Cartago había cantado por primera vez la misa en su suelo natal, le fué concedido morir siendo Prelado de Honor de la Basílica de la milagrosa Señora.

Virtuoso y bueno fué dentro de los muros de la iglesia, bajo las naves del templo y bajo las bóvedas de las catedrales. Virtuoso y bueno lo fué asimismo fuera de sagrado. Buen ciudadano, sus comprovincianos lo llevaron en dos períodos sucesivos al Congreso para ser su representante. Virtuoso varón, su generosidad quedó para siempre patente en la casa que levantó con su esfuerzo y su tesón para ser asilo de los viejos desamparados y que en ella han encontrado consuelo, calor amigo y grato, cariño y hospedaje en los años últimos de su existencia. Mucho dejó Monseñor Volio que es recuerdo grato de su paso por el mundo. Pero entre todas sus memorias, ninguna perdurará más que esta obra cristiana y piadosa, los viejos asilados, los que de pronto se encontraron ya sin fuerzas y desvalidos, solos en el mundo, oyeron la voz suave que los llamaba, la voz de Monseñor Volio que les abría este nuevo hogar tibio y amable del Asilo de la Vejez.

Con aquella fundación señaló el virtuoso sacerdote, definitivamente, su consagración en cuerpo y alma a la doctrina de Jesús: hizo el bien a los desvalidos, a los abandonados, a aquellos que, por haber agotado todo cuanto tenían, ya no podían dar nada, a los ancianos que ya no pensaban sino en el término de la jornada. Y entre ellos quiso dormir su sueño eterno: para que sobre su tumba, como un dulce susurro, se agitara todas las tardes, a la hora del Angelus, la oración de los dulces viejos agradecidos.

Alejandro Alvarado Quirós

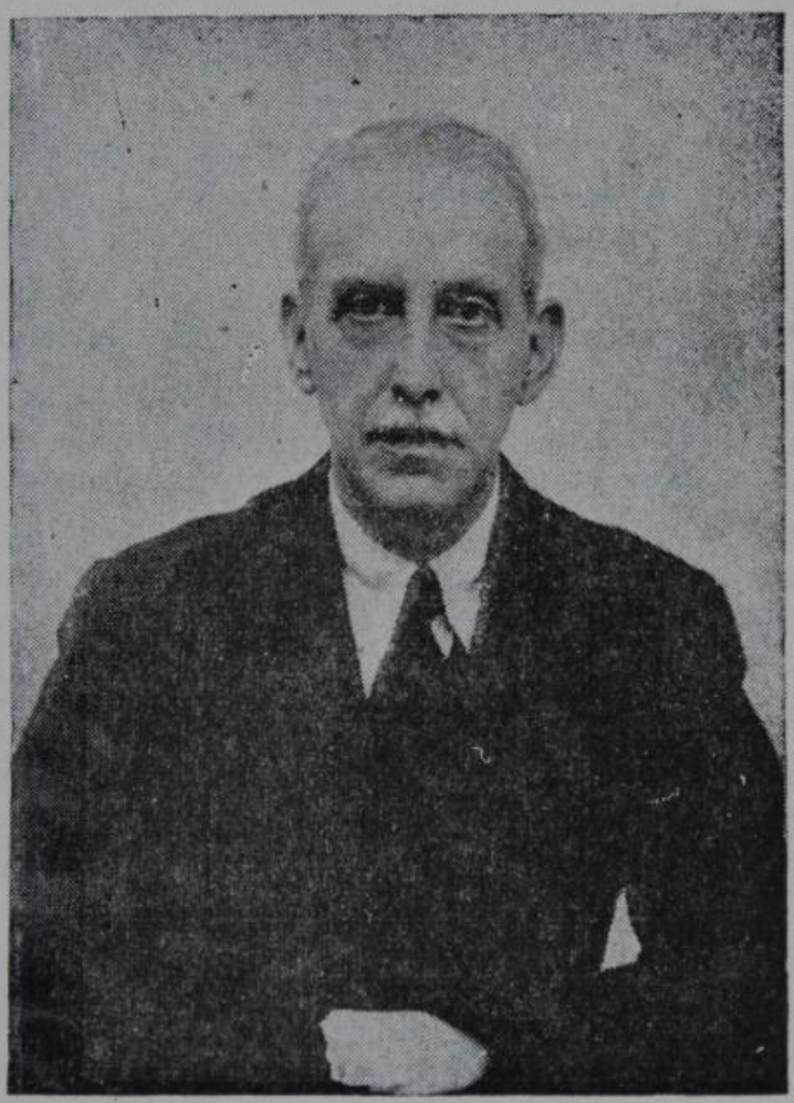
Por José Antonio Zavaleta

Prestante figura literaria la del Licenciado Alvarado Quirós. Fué una de las más destacadas entre aquellas que surgieron a fines de la pasada centuria, cuando el país, bajo la égida de Darío, de Víquez, los Ferraz y de Zambrana, dió un viraje hacia la plenitud liberal.

Veníale en las venas la inquietud por la ciencia y el estudio; hijo de don Alejandro Alvarado García—jurisconsulto de los buenos, como lo afirmaba don

Ricardo Jiménez—, siguió los pasos de su padre. Camino recto fué el suyo, como lo fué el de su progenitor. Lo que se hereda no se hurta ni esconde, dió muestras palmarias de talento fecundo ya en las letras, que cultivó siempre con la delectación del artista: ya en la Jurisprudencia, que lo contó entre los más altos valores del Foro; ya en la política, de la que fué figura descollante.

Analicemos ligeramente las aristas de esa vida generosa que fué cantera de mármol fino.



Lic. Don Alejandro Alvarado Quirós

Todavía imperando en nuestro medio allá por los noventa el culto cuasi idolátrico por el romanticismo literario, la presencia de Darío en los estrados de las letras nacionales fué recibida con los honores de un acontecimiento de gran relieve. Era el Maestro que llegaba. Los últimos románticos (Pío Víquez, Rosales, Pacheco Cooper), no acallaron sus notas, antes bien: estimulados por Rubén dieron las más hermosas de sus creaciones en aquellos días, cuando Justo A. Facio se presentaba como un moderno innovador de la poesía. Alejandro Alvarado Quirós principiaba a empinarse hacia la altura. Su cultura francesa, su amor por la Francia soñadora, cuyas fuentes daban al mundo notas parnasianas y simbolistas, le hacían un dilettante de esas formas, mientras que su prosa galana y fresca tenía atisbos jubilosos de gracia y de ironía fina (los cuentos de Catulle Méndez, las prosas de Anatole France eran sus predilectas). Con don Fabio

Baudrit dió a la publicidad una serie de estampas fugaces, cuentos y crónicas aladamente escritas, traducidas de ese joyel eterno que es el arte francés. Es indudable que Alvarado Quirós dió impulso al movimiento que, igual que en toda nuestra América, se operaba en nuestro incipiente medio literario: nuestros artistas soñaban con París..., querian pensar como parisienses del más rancio abolengo. Recordemos que en España también las peñas madrileñas habían sufrido el mismo aire renovador. Y es que nunca una generación, como esa que afloró a fines de siglo, sintió con más intensidad el vaho de la sugerencia francesa.

Ahora bien, el hombre que sentía la pasión por los maestros franceses, fué en ideas un liberal de amplio espíritu tolerante, un apasionado por las ideas de libertad y de justicia y una mente receptiva a los principios nuevos, a cambio de un ponderado respeto a su propia manera de pensar. Este fué el don Alejandro que conocimos y cuya amistad cultivamos.

La politica ha sido en nuestro medio una actividad más propia de abogados que de otros grupos de profesionales. Por esto se la ha tildado de excesivamente legislista y por lo mismo también se le achacan tantos defectos, acaso por aquello que a la par de los abogados, medran los rábulas. El Foro abrió a don Alejandro las puertas de la politica. Entró con el aplomo de quien sabe a lo que va. En la curul de Diputado hizo papel destacado. Orador de los buenos, su palabra fácil y sus recursos dialécticos dábanle ocasión de intervenir con maestría en los debates. Se supo mantener a la altura del hombre superior. Desdeñaba las posturas histriónicas. Fué siempre un parlamentario consciente y un tribuno como los mejores de los buenos tiempos de Roma.

Las luchas, las pasiones del momento, quisieron salpicar más de una vez su manto ciudadano. Pero esos lodos no le alcanzaron. Como Ministro de Relaciones Exteriores tocóle afrontar situaciones en extremo comprometidas y comprometedoras. El supo salir airoso. Y en la misma forma actuó el diplomático que en él hubo: hombre llano, pulcro, discreto.

Como abogado supo actuar con conocimiento de causa en todo instante; jurista de los buenos, dió pruebas en estrados de lo que son capaces el talento y la verdadera moral.

Pero el aspecto a que, estamos seguros, menos se referirán quienes hablan acerca de tan relevante personalidad, es el del Educador.

Lo observamos en la Escuela de Derecho, donde su labor fué tan estimable, su cátedra fué venero de erudición, pero específicamente de comprensión. Proyectó sus dotes de educacionista distinguido sobre los auditorios, en conferencias bellísimas; las llevó a la prensa, en la que sus escritos eran conjuntos de enseñanzas magnificadas en la hazaña de la forma galana en que solía escribir. Por eso, cuando se le llevó a la Rectoría de la Universidad de Costa Rica, dijimos que se premiaba con ello una actitud constante de austeridad digna y de consagración invariable a la educación de las juventudes.

Solíamos buscar su compañía para discutir temas diversos: siempre encontramos en él al observador, al comentarista y al hombre de ideas y sin su actividad declinó en los últimos dos años a causa de sus dolencias fisicas, bueno es advertir que conservó hasta el último instante la fe en los grandes ideales,

a los que dió el espaldarazo con su pluma, más dada a la benevolencia que a esas artes no muy claras ni nobles de herir y causar resentimientos. Porque don Alejandro fué caballero de los mejores en todo momento y a través de las más variadas circunstancias.

Cuando la noble cabeza blanqueada por los años se ha inclinado en busca de la tierra y su espíritu libre ya de ataduras ha volado al Paraíso, pensamos, reverentes, en el educador y en el amigo a quien los años nunca lograron maltratar ni alejar de la juventud que vió siempre en él al Maestro.

"La Tribuna", 22 de mayo de 1945.

La hora de la serenidad

Por Corina Rodríguez

Los países que no honran a sus valores representativos en la proporción en que lo merecen, son países de los cuales todavía no puede esperarse mucho.

Para que la humanidad avance son necesarios los hombres símbolos. Sin ellos, sin su ejemplo, sin sus normas, la posición de un país es estática. Los pueblos se ponen en marcha cuando un guía les da una orientación y cuando se inspiran en las obras de un gran hombre.

Costa Rica le debe mucho, en su aspecto democrático, a don Alejandro Alvarado Quirós.

Representaba la Francia Libre, la cultura refinada de su época y el ideal de fraternidad pregonado por los derechos del hombre.

Don Alejandro Alvarado Quirós debía haber muerto ejerciendo la Rectoría de la Universidad. Ahora se le harán homenajes póstumos, pero los últimos días de su vida estuvieron amargados por la pérdida de una Rectoría que él tenía muy bien ganada, por sus méritos, por su vastísima cultura y por su sentimiento republicano manifestado en todas sus actuaciones.

No asistí a sus funerales, pero ví desfilar hacia el cementerio algunos de los que fueron a expiar sus intrigas en la Universidad, acompañando el féretro hasta el camposanto.

El claustro en pleno, vestido de negro, debería haber hecho acto de presencia: pero muchos de los profesores no fueron informados del infausto acontecimiento y por eso no asistieron.

Los homenajes póstumos deben existir, porque el país que no sabe honrar a sus grandes hombres, es un país desgraciado; pero más importantes que los homenajes después de la muerte son las manifestaciones de justicia de que deben ser objeto los hombres mientras vivan.

El sector liberal, demócrata, idealista, amante de las letras y de las artes, está de duelo, porque Costa Rica ha perdido uno de los más grandes baluartes de la cultura.